

MÉNDEZ

¡Cómo ha de ser, Majestad!...

(Sale la guardia que acompaña á don Ramón y éste abraza por última vez á Maximiliano, que queda callado por algunos instantes. A poco se oyen los tiros que anuncian la ejecución de Méndez. El Emperador dice:)

¡Pobre amigo, pobre don Ramón!... Por haberse ocultado...

(En ese instante Josefina pide permiso para retirarse y Maximiliano lo otorga casi inmediatamente.)

Id, señora Ubiarco, id, y tan pronto como sepáis algo que deba influir en la suerte de los pobres prisioneros, no dejéis de comunicármelo...

(Sale Josefina.)

## ESCENA QUINTA

Sala del hospital en que pasaron las últimas escenas de la jornada anterior. OLIVOS, BRAMBILA, JOSEFINA, LAPIERRE, QUIROZ y soldados republicanos.

JOSEFINA

(Acercándose al grupo que forman su yerno y los demás oficiales y soldados:)

Caballeros, ¿podrían decirme si está permitida la visita á los enfermos que se hallan en el hospital?

OLIVOS

¡Don Gil de las Calzas Verdes! Nos cayó la sal...

BRAMBILA

Indudablemente que sí, señora, indudablemente... La caridad es de todos los partidos, y cuando se ejerce por ángeles como usted, llenos de abnegación y de gracia, es doblemente respetable...

JOSEFINA

(Escuchando satisfecha porque cree que le ha de servir en sus intentos el autor de los floreos:)

¡Angeles! he oído tanto esa palabreja, que he acabado por no darle sino su ruin y prosaica significación... Ángel, es mujer á quien se cree hallar fácil y capaz de todo...

BRAMBILA

(Sin cortarse.)

Quizás para otros, señora, tenga ese vocablo la significación que usted le atribuye, no para mí, que veo en la mujer...

OLIVOS

(A Brambila.)

¡Hombre, por Dios, que aquí estoy yo!...

(A Josefina.)

La experiencia es madre de la ciencia, señora; eso de ángel, y quizás arcángel, serafín, dominación, potestad, se lo ha de haber dicho á usted...

JOSEFINA

(Indignada.)

¿Quién?...

OLIVOS

(Con retintín.)

Cierto coronel, capitán de guardias, polizonte ó cosa así, gran pecador que dió mucho que decir al mundo con su vida.

JOSEFINA

¿Quién es este loco? ¿Quién es este borracho? ¿Quién es este mal educado que así falta á una señora sin conocerla ni tener con ella motivos de... que le autoricen á...

OLIVOS

(Riendo desdeñoso.)

¿Que si la conozco á usted? Más de lo que yo quisiera... Más de lo que usted misma quisiera...

JOSEFINA

Jamás le he visto á usted, y no tiene motivos ningunos para faltarme al respeto... En mi tiempo no eran los hombres así de zafios y de mal educados... Ya empiezan á perderse las buenas formas...

OLIVOS

(Con cinismo y grosería.)

En efecto, señora; ya empiezan á perderse más de lo que quisiéramos los que conocimos las de usted en tiempos mejores... vamos al decir, allá en los tiempos de su pariente, amigo y coheredero, el brujo Miguel Moncalián.

JOSEFINA

(Siente que un rayo de luz le ciega los ojos; mira, en vez del chiquillo barbiponiente, delgaducho, rubio y encogido, cuya imagen guardaba, á un mocetón peludo de cara y manos, de voz gruesa y destemplada, de modales bruscos y al parecer deseoso de armarle camorra cueste lo que cueste, y se queda parada y descompuesta.)

¿Acaso será usted?... ¿Serás tú?... No, no quiero pensarlo ni sé cómo resistiría á la pena de ver que decía tales cosas una persona que... yo... Pero no... Puede ser una equivocación de las muchas que...

OLIVOS

Soy el mismo, suegra y señora mía; soy el mismo; no crea usted que me hayan cambiado por otro ni se figure que tenga ahora uñas y rabo, como en otros tiempos dió en figurarse que tenía alas...

JOSEFINA

(Comprende que el temperamento tiene que ir por el lado de las contemporizaciones, y dejando sus aspavientos y sus alardes de dignidad ofendida, se decide á apencar con lo que llegue.)

Seas lo que seas y pienses lo que pienses, no puedo menos de recordar que eres... lo que eres mío, y...

OLIVOS

Así me gusta, así me gusta, que la ilustre descendiente de los Albas y de los Guzmanes no ha dado nunca muestras de chuparse el dedo...

JOSEFINA

(Pálida de rabia, pero conteniéndose porque así le conviene.)

¡Siempre has de ser lo mismo!... Me acuerdo... ¿Y tu padre? ¿Y la buena de Lorencita?... ¡Vaya una mujer virtuosa y excelente! Yo la llamaba la Perfecta Casada... ¿Y tu hermanillo?...

OLIVOS

(De mala gana.)

Mi padre me figuro que estará bueno; mi madre creo que lo estará en su compañía; en cuanto á mi hermano, ya pudre... Murió hace pocos días, en Puebla, como mueren los hombres; asaltando un fortín y matando traidores... Feliz él; ya difunto se ciñó la banda... la banda de general... Era un hombre... todo un hombre...

JOSEFINA

(A quien aquellas noticias le importan poquísimo ó nada y que apenas ha puesto atención á lo que ha dicho el otro, comenta fría y desapaciblemente:)

¡Pobre, pobrecillo Pancho! Pancho se llamaba, ¿no es eso?

OLIVOS

(Baladrón y deseoso de atortolar á la pobre afrancesada y meterla en un zapato:)

¿Pobre, por qué? Y aunque fuera digno de compasión, aquí sobra manera de vengarle, aquí hay traidores para dar y prestar, y con ellos nos desquitaremos; mi hermano y todos los patriotas que dieron su sangre por nuestra causa quedarán vengados... quedarán vengados, yo lo aseguro; yo lo fío.

JOSEFINA

(Acoquinada y sintiendo que no le llega la camisa al cuerpo.)

¡No será tanto, hombre de Dios; no será tanto! Ese famoso rigor se ha de convertir al cabo en clemencia y en conmiseración... Ya ha corrido mucha sangre, ya está colmada la medida de los extravíos.

OLIVOS

¡Hola, hola! ¿Conque esas tenemos? ¿Conque ya deben llegar la clemencia y la compasión y el perdón de las injurias y el abrazo de hermanos y todas esas faramallas? Ahora la pagan, y mañana será otro día.

JOSEFINA

Si les dejan las potencias...

OLIVOS

¡Las potencias! ¿Y qué parecer vamos nosotros á tomarles á las puercas potencias ni para qué queremos sus consejos? Solos pudimos salir de nuestro atolladero y solos hemos de lograr la venganza que nos convenga y que juzguemos decorosa. Así dejarán de venir en lo ade-

lante esos desinteresados redentores que quieren hacernos felices á chaleco...

JOSEFINA

¡Dios mío! y ¿cómo pueden ustedes perdonar al Emperador y hacer esos horrores que dicen con el resto de la gente?

OLIVOS

¡Al Emperador!... Usted se chancea, mamá política... El Emperador ó lo que sea caerá antes que todos los demás, y entonces, para no dejarle que se vaya solo, le organizaremos un lucido séquito de ministros, generales, chambelanes, intendentes, cocineros, arzobispos, grandes cruces de Guadalupe, collares del Aguila, pinches de cocina, comisarios imperiales y hasta enfermos del hospital: no ha de quedar títere con cabeza.

JOSEFINA

(Con risa de conejo.)

¡Jesús, qué terrorista me está resultando el tiempo! ¿Conque hasta enfermos del hospital, eh? Pues vaya que la magnanimidad republicana es cosa de filfa...

## OLIVOS

Señora, hay tiempos de acometer y tiempos de retirar... No llega aún la época en que nuestro jefe recorra las filas gritando como César en Munda: «Perdón para los ciudadanos romanos.» Ahora es la época de las justas venganzas, de las santas represalias, de la cruenta satisfacción á las sombras de los que ya no existen. A la hora que hayamos tomado el desquite de los verdugos de Arteaga y de Salazar, á la hora que hayamos satisfecho á los manes de las víctimas de Bertelín, á la hora que reposen tranquilos los muertos por orden de Dupin, entonces será tiempo de cejar en las muertes y en los horrores... La República no es ya la matrona clemente que acoge en su seno á todos los enemigos y á todos los extraviados; es la deidad que con el gorro escarlata en la cabeza esgrime el puñal de Carlota Corday, la guillotina de Marat, la elocuencia de los girondinos, los matrimonios republicanos de Carrier, la tea de los septembristas y la furia de Danton... La República ha perdonado demasiado, y ya que se la desprecia cuando se presenta como madre amorosa, ahora quiere, ya que puede, ser juez inexorable y severísimo... Correrán torrentes de sangre, y en ellos quizás se ahoguen muchas damas de honor, muchos farisantes, muchos canallas y muchos tramposos... Peor para ellos...

## JOSEFINA

(Que aparenta una gran serenidad, no ha dejado de impresionarse por la tremenda requisitoria del coronel Olivos, y queriendo tantear vado dice tímidamente:)

Mas supongo que para los extranjeros, para los enfermos, para... habrá compasión...

## OLIVOS

Explíquese usted; ¿para cuáles extranjeros?

## JOSEFINA

Los polacos, por ejemplo.

## OLIVOS

Para esos será la ley más tremenda que para nadie: el que teniendo la opresión en casa la trae á la ajena, es reo de doble delito, merece morir para que no deje en pos de sí una mala semilla, semilla de esclavos, semilla de traidores, semilla de abyectos y de degradados...

JOSEFINA

¡Dios mío, qué horrible perspectiva! ¿Y los que yacen enfermos, sin haber tomado parte en las operaciones para defender la plaza?

OLIVOS

¡Todos, todos perecerán! La República necesita empaparse hasta las rodillas en sangre de malvados, como el vendimiador se enrojece los pies con el zumo de la uva que pisa en el lagar... ¡Al suplicio todo el mundo!...

JOSEFINA

(Que no se había atrevido á hablar de su hija, aventura tímidamente una pregunta que se le figura debe ser como el *quos ego* que calme aquel mar alborotado.)

¿Y Génie? ¿Qué es de Génie?... ¿Está en Querétaro?

OLIVOS

Por allí anda con mi padre y con mi madre... No era cosa de traerla á la campaña... de exponerla á los rigores de una lucha... de una lucha enconada...

JOSEFINA

Hiciste bien, hiciste bien... Con tu permiso entro á cumplir con mi deber de enfermera...

OLIVOS

Sí, sí, pase usted...

(A Brambila.)

¡Qué buena banderilla lleva en el costado! Ya se le figura que comparece ante el tribunal revolucionario...

JOSEFINA

(Dentro del hospital se acerca á una cama en que se halla un bulto fétido é informe.)

¿Cómo lo has pasado? ¿Te han traído tu alimento?  
¿Has descansado? ¿Nada te falta?

LAPIERRE

Nada, gracias, estoy bien...

JOSEFINA

(Llegándose á la cama que ocupa el otro enfermo, el llamado Luis Quiroz, le interroga con cariño.)

¿Y qué tal va esa moral, señor de Quiroz? ¿Cómo se siente usted después de haber comido un alón de pollo? ¿Verdad que ya ha recuperado el juicio, que le habían quitado el no dormir y el menos comer?

QUIROZ

¡Ah, la señora!... ¡Loado sea Dios! ¡Es usted un ángel del Señor! ¡Qué curioso! En los días que estaba delirando la vi á usted, la vi, no me cabe duda, rodeada de una aureola de luz, de una aureola blanca que parecía al mismo tiempo una confección de moda y que le sentaba admirablemente.

JOSEFINA

(Satisfecha.)

¡Lisonjero! Si esas cosas dice ahora que apenas empieza á recobrar el pulso, ¿qué no dirá cuando esté de correr y parar?

QUIROZ

(Que había estado hablando concertadamente, se despeña en el abismo de su locura y exclama de repente:)

¡Sí, sí, la vi y me postré ante ella de rodillas, enajenado ante su hermosura!... ¡Qué ideal, pero qué ideal mujer! ¡No la toquéis vosotros, no la toquéis ú os mataré!...

La fimbria de su veste ha hollado todas las impurezas y todos los horrores; pero ella permanece albeante, nítida, sin mancilla; es la criatura ideal que yo bajé del Empíreo trepando á una montaña tan alta, tan alta, que junto á ella todos los Dewalghiris son collados sin importancia.



JOSEFINA

Otra vez el delirio, otra vez la obsesión. ¿Qué hacer para que se ponga siquiera como le vi ayer?... ¡Y pensar que á este infeliz, á este cadáver ambulante, se le llevará al patíbulo, y que irá al patíbulo ese saco de podre y de miseria que se llama Aquiles Lapierre! ¡me parece

que sería la cobardía más grande que yo pudiera consentir! ¡Yo juro por lo más sagrado que pueda haber, por la salvación de mi alma, por Dios creador y providente en quien no he dejado de adorar un instante, que he de proteger á estos míseros, cuéstemelo que me cueste!... Dicen que Juárez reside en San Luis: yo iré allá y me echaré á sus pies para pedirle que impida la serie de atrocidades con que nos amenazan la intemperancia de Escobedo y la sed de sangre de sus gentes... ¡A San Luis!...

(Sale cubierta con un velo, y aunque busca á la salida á los militares que vió aglomerados á las puertas del hospital al principio de la escena, encuentra la plazoleta enteramente despejada.)

### JORNADA III

Prisión del Emperador en el convento de las Teresitas. La celda de Maximiliano es cuarto grande y desahajado; pero la gracia de Dios le entra en forma de luz que se cuele sin cumplidos por dos ventanones, y en forma de efluvio primaveral que envía la huerta próxima. Las ramas de un fresno se meten hasta la habitación del prisionero y logran darle los buenos días.

#### ESCENA PRIMERA

MAXIMILIANO, la PRINCESA DE SALM-SALM, el PRÍNCIPE, su marido, y el Doctor BASCH.

La Princesa de Salm-Salm, ó Agnes, como se le llama familiarmente, es una americana más bien baja que alta de cuerpo, esbelta, elegante y llena de distinción y desembarazo en sus maneras, como quien está adiestrada en todos los deportes y hecha á todas las fatigas. Es rubia, de tez nacarada, de esa tez que sólo tienen los niños de pocos meses y los ingleses é inglesas de buena casa, y que parece mostrar bajo la carnación clara, nítida y albeante, el correr de la sangre roja, fresca y joven por las venas transparentes, azules y delgadas. Los ojos son «claros, serenos» y aun sobra quien asegure que «de dulce mirar son alabados», pues al parecer la Princesa apechugó con su ilustre marido, llevada sólo por ese afán (que no por hallarse entonces en mantillas dejaba de estar latente en la raza) de buscar pergaminos con que ennoblecen las talegas, sirviendo el dinero de estiércol fertilizador de la agotada tierra de los solares de viejo abolengo. El apellido de Agnes es Leclére; pero lo curioso es que se disputa si la linda criatura fué ó no fué... ¿cómo lo diré yo? suripanta, *écuyère*, trapecionista ó cosa así. ¿En realidad surcó la arena de los circos pasando bajo aros de fuego, trepada en alguno de esos corceles blancos ó retintos que parecen sena-